



Pedro Antonio de Alarcón

Pensamientos sueltos

(De un legajo de notas y apuntes para libros que no llegó a escribir.)

Los melancólicos, por natural instinto, semejante al que designa a los irracionales las medicinas de sus dolencias, se complacen en el estudio de la Historia y en la contemplación de las ruinas. El espectáculo de tanta muerte y de tanto olvido les hace más llevadera la propia amargura, por cuanto su tristeza pierde en profundidad todo lo que gana en extensión. Dijérase que han dilatado su herida para mejor curarla.

Los exámenes de imaginación son tan útiles como los exámenes de conciencia. Y aún más, porque tan luego como descubre uno la raíz o fuente de sus propios errores, puede prevenirlos y evitarlos, en lugar de verse obligado a correcciones y enmiendas, muchas veces tardías.

La felicidad de los tontos consiste en que no saben ni pueden saber que lo son. En cambio los medio tontos, quiero decir, aquéllos que simultáneamente tienen conciencia de sus pocas luces y la bastante necesidad para pretender que se los crea listos, pasan una vida de perros. ¡Los hay literatos y artistas, y hasta profesores, ministros y jueces! Pero terminan como principiaron, despreciados por unos, compadecidos por otros y avergonzados de sí mismos.

¡Cómo se arrepentirán los cobardes de haberlo sido, cuando vean que irremediablemente va a matarlos, sin devolverles la perdida honra, un cólico, un cáncer o cualquiera otra repugnante enfermedad, más dolorosa casi siempre que el temido golpe del hierro o del plomo!

Cuando los filántropos europeos os hablen de las crueldades cometidas por

los españoles en América, recordadles las espantosas piraterías que durante más de un siglo (todo el XVII y parte del XVIII) consintieron franceses e ingleses a los bucaneros que asolaban el Istmo de Panamá, si ya no es que aquellas naciones las fomentaban secretamente, como aseguran algunos historiadores de Indias.

Tenemos tal afición los españoles, desde que el mundo es mundo, a rompernos unos a otros la crisma (sin perjuicio de rompérsela también al vecino, y al no vecino, tan luego como criamos una poca sangre o reunimos un poco de dinero), que todos los sucesos algo dramáticos ocurridos en nuestro país, de que pueden aprovecharse los aficionados a composiciones históricas, resultan coetáneos o dependientes de alguna guerra civil, ya sea entre magnates y magnates, ya entre los magnates y el rey, ya entre el rey y las comunidades o municipios, ya entre los varios reinos en que casi siempre ha estado dividida la Península española, ya entre moros y cristianos, ya entre inquisidores y herejes, ya entre absolutistas y liberales, ya entre monárquicos y republicanos, ya entre republicanos y federales, ya entre federales y petroleros. Díjese que los nacidos en esta tierra de garbanos somos capaces de todas las virtudes cívicas y de todos los afectos privados, de todas las grandezas y de todos los heroísmos, excepto del amor fraternal.

¿Qué es mejor?, suelen preguntarse los casados: ¿tener hijos o tener hijas?

Yo he creído siempre que lo mejor es tener hijas, por más que todo buen padre deba amar igualmente, en el fondo del alma, a los varones y a las hembras que Dios le envíe.

Explicaré lo que tengo visto y entendido en el particular.

Los varones de la desgraciadísima época a que hemos llegado dan señales muy luego del siniestro espíritu de rebeldía contra la autoridad paterna (y, por supuesto, contra toda otra autoridad divina o humana), que acabará pronto con nuestra decantada civilización. Tiembla uno, pues, desde que se casa, al pensar en las cosas que cuentan muchísimos padres acerca de ingraticudes, desobediencia, recriminaciones y hasta desmanes con que suelen afligirles sus hijos, no bien les apunta a éstos el pícaro bozo. Y no tiembla sólo presintiendo iguales amarguras para sí mismo, sino pensando en el triste porvenir de sus descendientes, condenados a toda una vida sin temores, respetos ni vínculos morales.

Con las hijas, rarísima vez acontecen estos horrores. Las mujeres, por su constante proximidad a las madres, conservan todavía, y han de conservar aún durante mucho tiempo, especialmente fuera de Francia, la bendita religiosidad y todos los puros afectos que de ella proceden, única base de las felicidades posibles en la tierra, así para las propias afortunadas hembras como para cuantos viven en su amor y compañía.

Quiero decir que las hijas son más piadosas, más obedientes, más tiernas, más temerosas de Dios y más apegadas a sus padres que los aventureros hijos. La madre viuda hallará en ellas la protección y asiduidad que son tan raras en los varones, y aun el mismo padre se sentirá siempre más jefe y tutor de sus hijas que de sus hijos. Porque los mozuelos de ahora adquieren pronto, o creen adquirir, tanta personalidad como su progenitor, aumentada (presumen los muy cándidos) por no sé qué soñado progreso continuo del alma humana; de donde acontece que, mientras el padre suele

vivir y morir siendo perpetuo novio de sus hijas, así cuando las ve en la cuna como cuando las halla casadas y con hijos y aun nietos, los tales varones, no bien empiezan a ser aguiluchos, vuelan ya por las regiones de la ingratitud y la autonomía, sin procurar ninguna dulzura al corazón paterno, a lo menos deliberadamente.

Se dirá que no hablo tanto de la conveniencia de las hijas como de la de los padres, y que esto es discurrir con feroz egoísmo... No hay tal cosa. En primer lugar, ya indiqué antes las ventajas que a las mismas hembras les proporcionan siempre su religiosidad y consiguiente apego a sus padres, a la virtud y al hogar doméstico... Pues añádase que, por estas razones y por otras, toda mujer puede llegar a considerarse feliz, sin ser rica, mucho más fácilmente que su hermano en igualdad de circunstancias. La ambición es demonio que tienta casi exclusivamente a los varones. Por último, las mujeres dignas de este santo nombre, las nobles depositarias del pudor y de la piedad, no han incurrido todavía en la simpleza de querer ser fiscalas, ministras, polizontas, soldadas ni verdugas, ni están expuestas, por consiguiente, a las tragedias, locuras y crueldades que llenan la vida de los magistrados, de los héroes y de los tribunales.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

